

miliarizado con los presupuestos filosóficos comprenda los alcances de su aplicación en el ámbito de la investigación sobre nuestro universo. De este modo, la obra se convierte en una mezcla curiosa de divulgación y especialización, asequible tanto al humanista como al técnico con intereses especulativos. La bibliografía está bien escogida y actualizada. Es de reconocer los comentarios sobre el período medieval, sobre el cual de ordinario los historiadores de la ciencia, por una herencia ilustrada, desdénaban fácilmente. Rioja y Ordóñez muestran en cambio el puente medieval entre la física unificante del universo de origen aristotélico y las nuevas concepciones modernas de nuestro entorno. Dejan para el segundo volumen el estudio del universo en categorías absolutas, uniformes, homogéneas, propias del pensamiento newtoniano. Y para el tercero la investigación contemporánea sobre la naturaleza de nuestro universo, hasta los estudios de hoy en día.

Héctor Velázquez Fernández
Universidad Panamericana

Vladimir SOLOVIEV: *Los tres diálogos y el relato del Anti-cristo*, Barcelona: Balmes 1999.

“La fecunda relación entre filosofía y palabra de Dios se manifiesta también en la decidida búsqueda realizada por pensadores más recientes, entre los cuales deseo mencionar... a estudiosos de la categoría de Vladimir S. Soloviev...”, *Fides et Ratio*, n. 74. Vladimir Soloviev (1853-1900) es sin duda el más importante filósofo ruso, iniciador de la llamada Edad de Plata del pensamiento de su país, y maestro de pensadores algo más conocidos en occidente, como Florenskii, Bulgakov, o Berdiaiev. H.U. von Balthasar lo define “junto a Tomás de Aquino, como el artífice máximo de orden y de organización en la historia del pensamiento” (*Gloria III. Estilos laicales*, Madrid: Encuentro 2000, pp. 289). Sin embargo, Soloviev permanece casi desconocido en el ámbito hispano. La presente traducción de su última obra, publicada en 1900, es un paso hacia el remedio de esta situación. A pesar de tratarse de una traducción de la edición italiana de *Los tres diálogos*, y no de una traducción directa del ruso, esta edición

pone una obra importante de Soloviev al alcance de los lectores de habla hispana.

Los tres diálogos y el relato del Anticristo fueron escritos por partes, entre 1895 y 1900. En ellos Soloviev busca aclarar la cuestión del mal, preguntándose si es sólo un defecto de naturaleza, una imperfección, o, por el contrario, una fuerza real que debe ser derrotada apoyándose “en otro orden del ser” (p. 13). A pesar de haber tratado el problema en sus obras filosóficas, Soloviev explica la necesidad de hacerlo de forma más accesible: “Hace casi dos años un particular cambio de mi disposición psíquica —sobre el que no es necesario extenderse aquí— suscitó con fuerza dentro de mí el deseo de mostrar de forma indiscutible y universalmente accesible los aspectos principales del problema del mal, aquellos que deben interesar a cualquier hombre” (p. 13). Busca la forma adecuada, y finalmente escoge la forma de conversación como la expresión más sencilla de lo que quiere decir.

Soloviev había tenido una experiencia del mal como fuerza real a bordo de un barco en 1898, y ésta lo había marcado. A partir de ese momento, percibe con claridad la necesidad de

oponerse a esa fuerza, y dirige su atención al apocalipsis. Es la época del auge de Nietzsche y de Tolstoi, que aparecen a Soloviev como representantes de una “falsificación del bien”. Ambos presentan el mal disfrazado del verdadero bien, sobre todo Tolstoi, que llama a su doctrina “el verdadero cristianismo”, causando gran confusión. Al afán de Soloviev por luchar contra el mal se une el sentimiento de la muerte próxima, lo que lo lleva a publicar el escrito con la satisfacción de haber cumplido un deber moral (cfr. p. 23). “Mostrar, antes de que el tiempo haya llegado, la máscara engañosa bajo la que se esconde el abismo del mal ha sido el intento supremo de mi escrito” (p. 22).

Los Tres diálogos sobre la guerra, el progreso y el fin de la Historia universal, con un breve relato sobre el Anticristo (título original de la obra) tienen lugar en una villa cerca de Montecarlo, entre varios personajes significativos, todos ellos rusos. Como explica Soloviev en el prefacio, los personajes tienen el fin de “presentar la cuestión de la lucha contra el mal y el sentido de la Historia desde tres puntos de vista diferentes” (p. 18): “el General”, que según Soloviev

representa el punto de vista de carácter religioso consuetudinario, propio del pasado; "el Político", con un punto de vista cultural-progresista, con fuerza en la época; y "el Señor Z", con quien Soloviev mismo se identifica, y que presenta el punto de vista "incondicionalmente religioso y dirigido al futuro". A estos tres personajes se suman "el Príncipe", representante intransigente de la doctrina tolstoiana, y "la Señora", inteligente y diplomática anfitriona.

En el primer diálogo se oponen el General que defiende la posibilidad de una guerra justa, y el Príncipe que sostiene que la guerra es asesinato, y como tal un mal absoluto, en cualquiera de los casos, incluyendo el de la defensa del débil. El segundo diálogo tiene al Político como protagonista. Sus ideas se resumen así: antes eran Dios y la guerra, hoy son la cultura y la paz. Cree que la guerra como base del Estado no tiene ya función, y que con ella desaparecerán también los Estados, que la cultura europea civilizadora acabará extendiéndose por el mundo entero y con la civilización vendrá la paz. Ni siquiera hará falta para ello la buena voluntad: la paz es simplemente la solución más cómoda para

todos. Lo más interesante en este diálogo es cómo estas ideas se mantienen a la vez que queda dibujada la situación de "paz armada" que escalaría hasta estallar en la primera guerra mundial. Con la ventaja de la perspectiva histórica, parece una ironía que se sostenga el fin de las guerras cuando lo peor todavía no había comenzado.

En el tercer diálogo expone sus ideas el Sr. Z, la voz más propiamente del autor. Ante la definición del sentido de la historia como la difusión de la civilización europea y la paz universal, el Sr. Z objeta que mientras la muerte sea el final, la historia no tendrá sentido. Durante el resto de este diálogo, el Sr. Z se dedica a mostrar que las teorías tolstoianas del Príncipe no se sostienen, y a pedirle que se adscriba mejor al budismo, que predica la no resistencia al mal, en vez de hacerse llamar cristiano. El Príncipe sostiene que lo esencial no es la persona de Cristo sino la observancia de las enseñanzas evangélicas, resumidas en el principio de no resistencia al mal. El Sr. Z recalca la importancia de la resurrección, que el Príncipe niega, como la única esperanza con la que el mal mismo adquiere un sentido porque sirve a una victoria

mayor. Contra el Príncipe moralista, dice que hacer la voluntad de Dios requiere de la influencia de lo alto, de la vida concreta en el mismo Bien, y no sólo de un buen comportamiento. El bien no se agota en observar una regla (p. 149), y menos si la regla la puso uno que ha muerto.

En este punto, el Sr. Z lee un manuscrito supuestamente escrito antes de morir por el monje Pansofij, amigo suyo, donde se relatan el surgimiento y la derrota del Anticristo. Dicho relato, por cierto, ya había sido leído en público por Soloviev el año anterior a su publicación, causando gran revuelo en Moscú. El relato comienza así: "El siglo XX después de Cristo fue la época de las últimas grandes guerras, de las discordias intestinas y de las revueltas revolucionarias" (p. 157). En este siglo, China y Japón unidos bajo la bandera del "panmongolismo" rechazaron a las potencias europeas y formaron un ejército multitudinario con el que invadieron Europa y América. Durante cincuenta años el mundo occidental se encontró bajo el yugo mongol, y vivió "una época caracterizada interiormente por un proceso de fusión general y de profunda integración de las ideas orientales con las occi-

dentales que vino a repetir *en grand* el antiguo sincretismo alejandrino" (p. 161). Finalmente fue organizada una resistencia secreta, y los países europeos unidos lograron expulsar a los invasores asiáticos que se replegaron a sus países.

Lo que Soloviev imaginó para el siglo XX no se cumplió en la historia, sobre todo en cuanto a los protagonistas de las guerras. No hizo falta una invasión asiática para que los occidentales entraran en conflictos mundiales. Sin embargo, la situación del siglo XXI que Soloviev describe no deja de parecer actual: "La Europa del siglo XXI fue una unión de estados más o menos democráticos: la Unión de Estados Europeos. Los éxitos de su civilización material... se reanudaron con ritmo acelerado. Al mismo tiempo, sin embargo, los problemas de la conciencia interior, las grandes cuestiones de la vida, de la muerte, del destino definitivo del hombre y de la humanidad, vueltas aún más oscuras por una enorme cantidad de nuevos estudios y descubrimientos fisiológicos y psicológicos, permanecieron sin respuesta, exactamente como en el pasado" (p. 162).

En este contexto aparece el Anticristo: "Entre los pocos

creyentes espiritualistas de la época despuntaba un hombre muy notable, algunos lo definían como superhombre... gozaba de una vasta fama como pensador, escritor y filántropo. Sentía dentro de sí una gran fuerza espiritual... pero al mismo tiempo sólo se amaba a sí mismo. Creía en Dios, pero, de forma involuntaria e inadvertida, en la profundidad de su alma se prefería a sí mismo" (p. 163).

Este hombre de grandes dotes intelectuales y morales se considera el segundo después de Dios, piensa en Cristo como su precursor y cree ser el verdadero Mesías. "Yo estoy llamado a ser el *bienhechor* de esta humanidad en parte enmendada, en parte incorregible. Yo daré a todos los hombres aquello que necesitan. Cristo fue un moralista que dividió a los hombres según el bien y el mal, pero yo los uniré con beneficios que son necesarios tanto para los buenos como para los malos" (p. 164). Convencido de ser un elegido de Dios, espera su llamada para renovar la humanidad, y cuando ésta no llega, empieza a dudar y a pensar que quizás era el Galileo el verdadero Mesías. Esto le despierta miedo y finalmente odio por Dios y su Elegido, y se rebela contra ellos. En una visión, una

voz metálica y sin vida le dice ser su padre, y añade significativamente: "Actúa en *tu* nombre, y no en el mío... No te exijo nada pero te ayudaré por amor, por tu mérito, por tu excelencia, por el amor puro y desinteresado que tengo por ti" (p. 166).

Iluminado por su nuevo padre, "el hombre del futuro" escribe una célebre obra: "*El camino abierto hacia la paz y la prosperidad universal...* que manifiesta una fuerza y un genio desconocidos hasta ese momento. Hay algo de omnicomprendivo, que concilia en sí todas las contradicciones. Un noble respeto por los antiguos símbolos y las tradiciones se funde con un vasto y audaz radicalismo en las cuestiones sociopolíticas, una ilimitada libertad de pensamiento con la más profunda comprensión de todo aquello que es místico, un individualismo absoluto con una dedicación ardiente al bien común, el idealismo más elevado en los principios con la precisión y la vitalidad en la solución de las cuestiones prácticas. Y todo esto unido a una genial habilidad que permite a cualquier pensador o a cualquier hombre de acción entender y aceptar todo el conjunto desde su propio y particular punto de vista, sin sacrificar

nada de la *verdad en sí misma*, sin tener que pasar por encima de su propio yo, sin renunciar en la práctica en lo más mínimo a sus exclusivismos, sin tener que corregir ni las propias opiniones ni las propias aspiraciones, sin tener que colmar posibles lagunas" (p. 167). La fama del superhombre se extendió rápidamente por el mundo entero. Ante la pregunta de algunos de por qué no se mencionaba nunca a Cristo en el libro, otros cristianos respondieron: "hoy en día un escritor profundamente religioso debe ser, como mínimo, prudente. Además, si el contenido del libro está impregnado del espíritu auténticamente cristiano del amor activo y del bien universal, ¿qué más queréis?" (p. 168).

Por su gran fama, y con el apoyo de los masones, el autor del *Camino abierto* fue elegido presidente vitalicio de la Unión Europea, y emperador romano. Entonces declaró: "¡Pueblos de la Tierra! ¡Os doy mi paz!... Se ha inaugurado la paz universal y eterna; cualquier intento de infringirla encontrará una oposición insuperable porque ahora existe en la Tierra un poder central más fuerte que todos los otros poderes, tomados singularmente o en conjunto" (p.

169). A la Unión Europea se agregaron bajo su autoridad casi todos los pueblos del mundo, y tras una breve campaña militar, el emperador sometió a los recalcitrantes, fundando una monarquía universal.

En su segundo año de reinado, proclamó: "¡Pueblos de la Tierra! Os prometí la paz y os la he dado. Pero la paz sólo es buena para quienes viven con bienestar y no da alegría a quien vive en la miseria. Venid pues a mí, todos los que sufrís hambre y frío, y yo os saciaré y os calentaré... gracias a la concentración en sus manos de las finanzas universales... pudo realizar esta reforma según el deseo de los pobres y sin descontentar gravemente a los ricos... fue la instauración en toda la humanidad de la igualdad fundamental, *la igualdad de la saciedad universal*" (p. 170).

En su tercer año, tras dar pan y para ofrecer circo a la humanidad, se une con un mago-obispo que realiza grandes prodigios. Es aquí cuando algunos cristianos comienzan a sospechar algo, y el emperador se adelanta a cualquier problema con ellos convocando un Concilio Ecuménico en Jerusalén, que Soloviev caracteriza como "región autónoma habitada y gobernada principalmente por hebreos" (p.

174). A este Concilio asisten las tres grandes confesiones cristianas con sus líderes, de nombre significativo: los católicos con el Papa Pedro II, los ortodoxos con el *starets* Juan y los protestantes con el profesor de teología Ernst Pauli. El emperador ofrece darles aquello que más aprecian de su cristianismo: a los católicos la autoridad espiritual, la vuelta a Roma del Papa, antes expulsado, con todas sus prerrogativas; a los ortodoxos un museo de tradición litúrgica; y a los protestantes un instituto de libre interpretación de la Escritura con presupuesto millonario. La gran mayoría de los cristianos se unen al emperador y lo aceptan como "verdadero señor y guía", mientras que sólo unos cuantos y los tres líderes permanecen en su lugar.

El emperador les pregunta qué más pueden pedir, qué aprecian más entonces en su cristianismo. El *starets* Juan responde por todos: "lo que más apreciamos en el cristianismo es el mismo Cristo", y lo que pide al emperador es que confiese a Jesucristo, Hijo de Dios. El emperador se controla para no hacer ver su gran odio, pero Juan exclama "¡Hijitos, es el Anticristo!", siendo fulminado en el acto por un rayo del mago. Pedro II se

enfrenta al emperador y lo excomulga, siendo fulminado por otro rayo. A partir de este momento, los eventos se suceden a mayor velocidad y con menos detalle. Los pocos cristianos siguen a Pauli al desierto, donde esperan la segunda venida de Jesús, mientras que los otros bajo la influencia del emperador, eligen Papa al mago, y se instaura un reino de engaño lleno de prodigios y milagros en todo el mundo. Algunos cristianos se unen a los del desierto, y ahí la unión de las Iglesias cristianas se realiza en un alto solitario, en el corazón de una noche oscura. En este punto se termina el manuscrito y el Señor Z termina el relato con la rebelión inesperada de los judíos contra el Anticristo, una gran batalla mundial y la victoria final de los judíos y cristianos muertos por el Anticristo, que, resucitados, reinarán con Cristo por mil años.

Son muchos los elementos que parecen aludir a nuestro tiempo y que cuestionan algunos de nuestros presupuestos. Al leer el texto se percibe la clarividencia con que Soloviev presintió la dirección que tomaría la historia próxima, describiendo un mesianismo temporal vacío de sentido como el que arrasaría su propia patria. Pero aún más in-

quietante para nosotros, "superado" el siglo XX con sus totalitarismos, es la descripción que nos da de la "igualdad de la santidad universal". Aquí la paz no la consigue la civilización de los bárbaros de la que habla "el Político", sino la universal sociedad de consumo, el estado de bienestar, la tolerancia pluralista. El Anticristo filántropo de Soloviev se presenta mucho más seductor que cualquier ideología totalitarista o excluyente. Es conciliador, sincrético, acepta y respeta a todos, incluso a la Iglesia, pero sin Cristo. Otros detalles del relato suenan ya caducos, pero esto ya lo advertía el mismo autor: "Para unir estos sucesos y hacer coherente el relato ha sido necesario añadir otros detalles, algunos fundados sobre consideraciones históricas, otros sugeridos por la imaginación... no les he querido dar, naturalmente, ningún significado serio y tengo derecho, creo, a esperar de mis 'críticos' un tratamiento análogo" (p. 20).

Respecto al significado filosófico de los diálogos, primero hay que señalar la fuerte crítica a Tolstoi y su cristianismo sin Cristo y sin fe. Ante la concepción del cristianismo como conjunto de principios éticos, como doctrina, Soloviev resalta

el hecho de que la fe es en una persona viva, Jesucristo, Hijo de Dios, y de ahí su defensa de la resurrección real que Tolstoi había negado rotundamente.

Sin embargo, la importancia de los diálogos no se reduce a la polémica contra Tolstoi. Hay que tener en cuenta que Soloviev los termina en abril de 1900, sólo tres meses antes de morir, a la edad de 47 años. Son, por tanto, la culminación de una voluminosa obra filosófica, teológica, poética y periodística.

Entre los estudiosos de Soloviev, hay quien prefiere no prestar atención a este último libro, fijándose sólo en la filosofía anterior y despachando los diálogos como la obra de un Soloviev pesimista y amargado, frustrado en sus esperanzas ecuménicas y teocráticas, y acechado por la muerte. Sin embargo, la mayoría de los investigadores otorga una gran importancia a esta última obra, considerada como su testamento. Lo que se discute es el sentido de los diálogos con respecto a su filosofía anterior. Está claro que hay en ellos un giro respecto de sus obras anteriores, como él mismo explica en el prefacio, arriba citado. En sus primeras obras, Soloviev parecía sostener que la historia humana llevaba

por sí misma a la venida del Reino, a la paz y al progreso universal. Ahora Soloviev ha debido enfrentarse a la realidad del mal, y ver que el progreso no tiene porqué coincidir con el bien, o mejor, que el fin y el sentido de la historia están fuera de ella. Como dice F. Rouleau, editor francés de Soloviev, el criterio para enfrentarse al mal deja de ser sólo el conocimiento y es ahora la caridad, la elección moral en que se juega nuestra vida. Si este cambio representa la culminación de su filosofía, y el desarrollo final y coherente de sus obras anteriores, o si, por el contrario, implica una retractación de todo su pensamiento anterior, es algo sobre lo cual los estudiosos de Soloviev no logran ponerse de acuerdo. Esto depende de cómo se interprete la filosofía anterior a la luz de los *Tres diálogos*: pensando que en realidad su pensamiento se dirigía a esta última presentación o creyendo que antes pensaba de manera totalmente distinta. Creo que una interpretación benévola del autor supondría antes coherencia que ruptura en su desarrollo filosófico.

En los diálogos aparecen las preocupaciones que Soloviev albergó toda su vida, pero en cierta manera, en ellos supera su

antigua perspectiva. En primer lugar su intento de alcanzar una visión integral, unitotal, de la realidad y del puesto del ser humano en ella, en oposición al racionalismo de la filosofía occidental. Parece que semejante deseo de "unitotalidad" es ahora puesto entre paréntesis frente al problema del mal, que introduce división y no unidad entre los hombres. El Anticristo de Soloviev se caracteriza precisamente por la falsa unidad que ofrece, más allá del bien y del mal.

Por otro lado, Soloviev se había propuesto hacer inteligibles racionalmente los contenidos del cristianismo, para que éste pudiera ser aceptado por los hombres de su tiempo, fascinados por la ciencia y el progreso. Soloviev había luchado también por la unión de las Iglesias y por el advenimiento del Reino de Dios dentro de la historia. En este último libro parece dudar de la posibilidad de que el cristianismo pueda asimilarse a progreso dentro de la historia, y la victoria final aparece aquí sólo después de la muerte y del martirio, en forma de resurrección. En este sentido, se rompe también el intento de Soloviev de hacer racional el contenido cristiano (intento de tintes teosóficos en su juventud), pues la

resurrección pertenece al ámbito sobrenatural, de fe. En la última filosofía de Soloviev parece oponerse la *ética* como doctrina, representada por Tolstoi y sus principios morales pseudocristianos pero meramente humanos, a una *salvación* netamente sobrenatural, distinta de cualquier realización terrena de la paz universal o de la anulación de la pobreza. Por eso, aunque su Anticristo realice obras "buenas", éstas no lo son realmente, porque las realiza sólo por amor propio, confiando sólo en sí mismo, y sin referencia alguna a Dios. La mentira es la misma de siempre: seréis como dioses, no habrá otro Dios que vosotros. Del mismo modo, la perfecta síntesis de todas las contradicciones se muestra como un engaño, tanto más peligroso mientras más apariencia de bien reviste.

Marcela García Romero
Universidad de Navarra

Michael TANNER: *Schopenhauer* London: Phoenix, 1998, 54 pp.

Recent years have witnessed a modest but encouraging revival of scholarly interest in Schopenhauer within the English-speaking philosophical world. In the past two decades, a spate of studies and monographs have appeared —some of very high calibre— which have critically examined Schopenhauer's metaphysics, epistemology, aesthetics, and moral philosophy¹. This is not even to mention those historical works that deal with Schopenhauer's place in culture, whether as a conduit through which Eastern ideas flowed into Europe, or as what Nietzsche called an "educator": a thinker whose influence over writers and artists of undeniable importance (Nietzsche, Wagner, Bur-

penhauer within the English-speaking philosophical world. In the past two decades, a spate of studies and monographs have appeared —some of very high calibre— which have critically examined Schopenhauer's metaphysics, epistemology, aesthetics, and moral philosophy¹. This is not even to mention those historical works that deal with Schopenhauer's place in culture, whether as a conduit through which Eastern ideas flowed into Europe, or as what Nietzsche called an "educator": a thinker whose influence over writers and artists of undeniable importance (Nietzsche, Wagner, Bur-

¹ Here are some representative studies, listed in alphabetical order: John Atwell, *Schopenhauer on the Character of the World: The Metaphysics of Will*. (Berkeley: University of California Press, 1995); John Atwell, *Schopenhauer: The Human Character*. (Philadelphia: Temple University Press, 1990); D.W. Hamlyn, *Schopenhauer*. (London: Routledge and Kegan Paul, 1980); Christopher Janaway (ed.) *The Cambridge Companion to Schopenhauer*. (Cambridge: Cambridge University Press, 1999); Christopher Janaway, *Schopenhauer*. (Oxford: Oxford University Press, 1994); Christopher Janaway, *Self and World in Schopenhauer's Philosophy*. (Oxford: Clarendon Press, 1989); Julian Young, *Willing and Unwilling: A Study in the Philosophy of Arthur Schopenhauer*. (Dordrecht: Martinus Nijhoff, 1987).

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.